

Por la costa hasta Ancona – En el Aspio – Frailes y monjas – Paisaje de Las Marcas – Centenario de Leopardi: el nuevo santo – Loreto y la melancolía de la Virgen negra – Leyendas sobre Leopardi – Entrada triunfal – Recanati – Mañana de Recanati – El retiro del poeta y los abates sabios – Lágrimas en Montemorello – El palacio de los Leopardi

Mi madre decía que abandonar la melancólica ciudad representaría un consuelo para mi alma.

Así fue como en la tarde del 3 de agosto de 1898 salí de Rímini con la bicicleta en compañía del ingeniero Pasini, un hombrecillo gris de mediana estatura y mediana edad, pero gran ciclista, que se siente sumamente feliz la noche que puede dormir sobre la gloria de unos ciento cincuenta kilómetros pedaleados. ¡Kilómetros de montaña, se entiende!

En lo mejor de nuestra conversación, mi bicicleta detonó como una santabárbara y de repente Pasini me vio desaparecer entre una nube de polvo, como una deidad homérica. ¡La rueda trasera había estallado!

Y henos allí, transformados de golpe en dos peatones agachados y polvorientos, objeto de escarnio de los transeúntes que antes mirábamos desde arriba, ivolando con tan soberbia presteza! Ciertamente uno camina sobre una burbuja de aire, y no solo en la vía que conduce de Rímini a Pésaro.

La rueda había reventado cerca de la Focara, de dantesca memoria, y para llegar a Pésaro se necesita una buena marcha. Además el camino era una polvareda, de modo que nuestra entrada en la ciudad de Gioacchino Rossini no fue en absoluto triunfal; un altivo señor, afeitado y de abundante cabellera para

más señas, al que vimos transportado por dos briosos corceles, ni siquiera se dignó dirigirnos una mirada. Aquello nos dolió, y más cuando nos aseguraron que se trataba del sucesor de Rossini: don Pietro Mascagni.

Aunque la reparación de la bicicleta nos hizo perder mucho tiempo, teníamos la intención de continuar hasta Senigallia con la luz de la luna; pero esta, que lánguidamente lenta salía en ese momento, se entenebreció de vapores, y el viento procedente del mar nos trajo un olor a lluvia. Por esa razón decidimos pernoctar en Fano, y estuvimos bien atinados, porque el agua cayó y no había cesado de caer cuando nos dormimos.

Hacia las tres de la mañana Pasini entró en mi cuarto y, sacando el candelero por la ventana, me aseguró que todas las estrellas brillaban más que antes. En efecto, el primer sol del viaje salió homéricamente puro y grande por la marina todavía soñolienta.

En el puente del río Celano había un poste con el siguiente aviso: «Prohibido el paso de más de cuarenta quintales», y aquel fue el único peligro que corrimos ese día, pues poco después llegábamos a una Senigallia aún dormida, y aunque la atravesamos a la carrera, no se me olvidó arrojar mi tarjeta de visita en recuerdo de haber nacido allí, cosa de la que yo mismo me acuerdo únicamente cuando tengo que escribir el lugar de nacimiento en papel timbrado.

Pasado Senigallia, las innumerables villas, los pueblos, acomodados todos a lo largo de la playa que

se curva hasta la dórica Ancona, se despertaban entonces. Puede que de aquel despertar prematuro fuera causa también el cañón que, desde el fuerte del monte Conero, retumbaba de vez en cuando como un perro que vigila el mar desde lo alto. Y yo pensé: «¡Vamos, que el mar está desierto! ¡La escuadra del almirante Tegetthoff ya no cruza los mares! Entonces sí que había motivo para vomitar hierro y fuego».

Decía que se despertaban en aquel momento. La gente, vestida de fiesta, deambulaba por las calles, junto a las carretas de los melocotones, de las verduras y de las aves de corral. Bañarse, vivir en la playa románicamente envueltos en los albornoces, comer, dormir, respirar aire fresco: tal es la vida de estos lugares y de estos días, ¡y no solo para los ricos! Por la tarde, abres el periódico y te enteras con disgusto de que las cosas de Italia marchan mal. ¡Fuera! Señor ingeniero X, a usted que es millonario, que trabaja doce horas diarias, que desde tierras lombardas vence con sus máquinas en la competición mundial y afirma que su mayor ambición es enviar al extranjero unos obreros italianos que sepan montar una máquina tan bien como cualquier obrero inglés; y a usted, señor ingeniero Y, que hace más o menos lo mismo y se siente animado por parejos sentimientos, les envió desde estas tierras risueñas, mecidas por el clásico *dolce far niente*, el más respetuoso de mis saludos.

—¿Tú sabes dónde vamos a comer hoy? —dijo Pasini.

—Aquí, en Ancona —dije yo.

—No, en el Aspío. Verás qué lugar tan hermoso.

Y volvimos la espalda al mar para internarnos en las colinas hasta llegar al Aspío, un río pequeño que en un determinado punto se ensena en un vallecillo umbrío donde hay manantiales de agua mineral, según dicen muy beneficiosa para los que padecen de las vísceras. Hace poco, en efecto, han levantado un establecimiento que todavía huele a la frescura de la cal. En los manantiales, numerosos y plácidos frailes ofrecían sus cálices purgativos a numerosas y gruesas monjas, mientras charlaban y tomaban la brisa. Más tarde, en la mesa común, aquellos religiosos, que nos habían mirado con recelo, acabaron sosegándose con nosotros, tanto es así que el excelente Pasini se puso a contarles la historia de la bicicleta desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, historia que los monjes disfrutaron muchísimo, hasta el punto de que un franciscano que había traído del convento una botella de vino para officiar misa, el único (según decía él) que su estómago digería, pidió unas copas y la quiso descorchar y beber en tan grata circunstancia. De lo cual supimos quedarle agradecidos. Entonces, una monjita que escuchaba atentamente suspiró las siguientes palabras:

—Después de la bicicleta, después del telégrafo sin hilos, después de la luz eléctrica, ¿a dónde iremos a parar?

Y buscó en los ojos de los compañeros una respuesta a la pregunta que angustiaba su alma. Un fraile de la orden de los servitas, el que parecía más autorizado y había comido en proporción, levantó una mano untuosa y sentenció:

—El cerebro del hombre, hija mía, se reducirá tanto que ya no le quedará nada.

La respuesta pareció satisfactoria para todos, incluidos nosotros, que, en vista de que ningún otro monje hacía intención de imitar el ejemplo del franciscano, nos subimos al sillín y emprendimos el camino del santuario de Loreto.

El paisaje de Las Marcas —con esas ciudades atiesadas allá arriba, sobre alturas que han dejado de ser colinas sin llegar a ser montes— es melancólico.

Se miran y se observan todas ellas, Osimo, Castelfidardo, Loreto, Macerata, Recanati, y no con benevolencia. Parece que se dicen: «¡Tú estás más muerta que yo!».

Yo tenía la impresión de entrar en el dominio de un alma triste y dirigía la mirada siempre hacia poniente, al todavía lejano collado de Recanati, sobre el que precisamente galopaban las nubes en aquel momento y donde, debido a un efecto de luz brillante y oscura, se distinguían bien las casas de tu patria, Giacomo Leopardi.

En la gente que encontrábamos subiendo a Loreto —la cúpula de Bramante y los torreados espolones del templo se erguían ya sobre las cabezas— suenan antiguas y puras voces itálicas, y unos giros de frases tan elegantes que es como si los aldeanos hubieran hecho sus estudios exclusivamente con algún códice del siglo xiv. Es así que la pronunciación nada tiene de la chabacanería del sur o de la cursi-

lería toscana o de la rimbombancia romana, ni tampoco de la vaga fiereza umbra; se trata de algo que no sabría cómo definir, aunque pienso que definiría bien diciendo: «¡Es la lengua de Leopardi!». Este pueblo fue el texto clásico secreto en el que estudió. Y no obstante, aquellas palabras me parecían algo que sobrevive a un naufragio, algo que decae y que ya no renacerá jamás.

Y así, de cuando en cuando, se nos presentaba una figura de mujer que parecía fundida en bronce, con unas formas de estatua antigua. Hasta en el andar tenían algo digno y compuesto, como la aristocracia material de una estirpe cuya alma ha desaparecido.

«Todo son bobadas suyas que solo están en su cerebro. Su compañero no piensa esas cosas, y los otros ciclistas acostumbran primero a beberse una jarra en la hostería del puente y luego se retan a ver quién aguanta más sobre el sillín por la costa. Ayer, además, pasó en coche una pareja de enamorados y lo encontraron todo sumamente alegre y juvenil. Enmiéndese. En usted, el vino del Aspicio se ha transformado en negros fantasmas», podrían haberme respondido los hombres y las cosas. Pero yo seguí a esos fantasmas míos.

Señalando Recanati, pregunté a una mujer que caminaba a mi lado:

—¿Por qué celebran tantas fiestas allá arriba?
¿Lo sabe usted?

Ella me miró, giró dos ojos idiotas, y dijo:

—¡Será por algún santo nuevo!

—Eso es cierto, buena mujer, son las fiestas de un santo nuevo. Él también sufrió y murió para que

estos muertos pudieran resucitar, igual que Nuestro Señor Jesús de Nazaret. La cúpula del cielo es mayor que la de Loreto, y Dios aloja en ella a todos los santos que le apetece.

Así lo expliqué, y ella hizo además de haberme comprendido a la perfección.

Para consuelo de la vista y del corazón, por las cuevas cubiertas de endrinos espesos y polvorientos, sobre los cuales arrojaba la clemátide sus lozanos festones, escalaban como cabritillas unas jóvenes hermosísimas, aunque bastante sucias. Cogían las endrinas, que en parte comían y en parte, tal vez imitando una costumbre de Loreto, ensartaban para hacer coronas. Me detuve y le dije a una de ellas:

—¿Por qué no te lavas la cara?

Ella volvió hacia mí el encantador rostro manchado y los ojos puros y profundos como el misterio que hay en todo niño, y exclamó:

—¡Limpio como un espejo!

—Pero usted, usted suda tanto que gotea como si se la hubiera lavado —dijo otra.

Yo llevaba en el bolsillo un cucurucho de caramelos de menta y empecé a distribuirlos. Entonces, no sé cómo, salieron de entre los setos, de los case-ríos y del camino muchos niños, todos ellos sucios y harapientos, pero resplandecientes como las cabezas de fray Filippo Lippi, que me siguieron mientras tuve dulces. Las amapolas y las florecillas que se arrancaban y se dispersaban azotaban la bicicleta.

Así llegué a tu ciudad, Virgen Negra, que estás en tu casita oscura, con tantas margaritas y tantas gemas sobre ti que reluces hasta sin lámparas de oro.

Lloviznaba al entrar en Loreto y eran las cuatro.

Loreto, como hoy Recanati al Mare, fue una derivación de la antigua Recanati que luego se hizo independiente y hostil a la ciudad madre. Se trata, pues, de un burgo relativamente moderno, que no fue elevado a los honores de ciudad hasta el siglo XVI por no sé cuál de los Píos o de los Sixtos. Se ve que aquellos papas tenían la costumbre de ennoblecer los arrabales, así que todos sus habitantes dejaban de ser los rústicos o los arrabaleros que eran para en cierto modo convertirse en nobles, más o menos como se hace hoy con las encomiendas y los nombramientos de caballero, aunque todos comprenderán que el sistema de los papas era mucho más expeditivo y contentaba a más gente.

Como todo el mundo sabe, el 10 de diciembre de 1294, dentro de su casita, la Virgen llegó hasta nosotros desde Dalmacia, donde había pasado tres años procedente de Tierra Santa, y fueron los ángeles los que la transportaron cruzando el mar. Es más, hizo la primera parada al pie del monte en un terreno propiedad de la familia Leopardi, cosa que pocos conocen; pero como surgieron discusiones y litigios por el derecho a poseer la casita, un buen día la Virgen dejó la llanura y, con gran maravilla, vieron que se había establecido en el monte.

Fue entonces, y a partir de ahí, cuando revistieron el exterior de la casita con los hermosos mármoles de Carrara, para cubrirla luego con la cúpula y rodearla con el templo: un templo grande y equipado como

una fortaleza. No cabe duda de que lo hicieron con la loable intención de impedir que los bárbaros se llevaran a la Virgen y depredaran sus tesoros, pero no puedo ocultar la sospecha de que tanto los papas como los loretanos pusieron tanto material sobre la casita para impedir que Ella se escapara otra vez, suposición no infundada, considerando los hábitos más bien vagabundos de Nuestra Señora. Cierto es que si volviera a llamar a sus ángeles, estos tendrían que esforzarse mucho para sacarla de allí o hacer un milagro demasiado grande y generoso para estos tiempos heréticos.

Son consideraciones que no he buscado, sino que me han venido a la cabeza por sí mismas viendo a la Virgen en aquella casita oscura, a la luz de las lámparas del techo, en el altar, que parece que le falta el aire y que está melancólica entre tantas gemas y tanto incienso, iella, habituada a ver un azul tan hermoso durante sus viajes ultramarinos! Y además, porque hubo una mujer que se puso a mi lado y me dijo con gran secreto:

—Hay más de cuarenta mil herejes en Loreto, que no consideran nada a la Virgen y solo se ocupan de sangrar a los pobres forasteros, pero, por amor de Dios, no diga nada a nadie porque me desangrarían a mí.

Yo le garanticé el más absoluto silencio y, pese al hecho de encontrar imaginativas en exceso las expresiones «desangrar», «herejes» y «cuarenta mil», mi experiencia me dice que, en los santuarios, la gente no resulta edificante por su piedad; y la Virgen, más que coronas, gemas y triduos, querría, creo yo, un poco de bondad de sus devotos y que no la consideraran un valor bursátil.